

formaban aquella division rodeada de enemigos, se dirigió hácia el rumbo de San Angel con la esperanza de descubrir á las tropas mandadas por Santa-Anna dispuestas á favorecerles, pero nada alcanzaron á ver.

1847. El general norte-americano Scott, al rayar al alba, avanzó en tres columnas, dirigiéndose una de ellas á una eminencia que se descubria á la retaguardia de la loma de Pelon Cuauhtitla, sobre el flanco derecho de las posiciones mejicanas, otra que atacó llena de ímpetu por San Gerónimo, y la otra que se situó entre Mal País, enfrente al camino recto, arrojándose sobre el rancho de Padierna. Las tropas de Valencia, que sabian la falta de armonía que reinaba entre su general y Santa-Anna, perdieron la fé en el triunfo, y se prepararon con marcado desaliento para el combate. La primera columna norte-americana se lanzó con terrible ímpetu sobre la posicion mejicana. El general Gonzalez de Mendoza, que defendia aquel punto con una fuerza muy inferior en número á la que le acometia, se vió obligado á retirarse con sus soldados, arrollados por las tropas invasoras, que desbordaron el campo mejicano. El general Valencia acudió con nuevas fuerzas queriendo contener aquel ímpetu; pero pronto se vió envuelto por todas partes, y la derrota fué instantánea. En vano los generales Blanco y García, así como el coronel Cires y otros valientes jefes, trataban de sostenerse reanimando á sus soldados; éstos habian perdido la fuerza moral desde antes de entrar en combate y nada pudo contenerles. Sin embargo, los que formaban la brigada del general Cabrera se retiraron en buen orden de Padierna á Anzaldo. El general Valencia, lleno de ira y

de despecho, reunió alguna fuerza de infantería y trató de disputar al enemigo un momento mas el campo de batalla. Pero todo fué inútil: un círculo de fuego rodeó bien pronto á él y á sus soldados, y no hubo mas remedio, para salvarse, que emprender la fuga. No les quedaba á las tropas mejicanas mas que dos caminos por donde marchar; y aquellos dos caminos eran, uno el de Anzaldo y el otro las lomas de San Gerónimo, que estaban cortados por los norte-americanos. Las que tomaron por las lomas de San Gerónimo, al encontrarse recibidas por un fuego destructor de cañon y de fusilería, rodaban de la altura heridas y despedazadas, así como una gran parte de las que se dirigieron por Anzaldo recibió la muerte de las vivísimas descargas que á quema-ropa les hicieron los invasores, que les habian cortado la retirada.

Santa-Anna, al escuchar desde San Angel los primeros cañonazos que anunciaron que se habia empeñado la batalla, ordenó que la vanguardia de su division saliese inmediatamente á ocupar las posiciones que ocupó la tarde anterior sobre las lomas de Toro. Los soldados marchaban contentos para auxiliar á sus compañeros de armas, pero era ya tarde. La derrota estaba ya consumada: los norte-americanos habian cargado con decision toda su fuerza sobre las del general Valencia, y apenas habia andado seiscientas varas la expresada vanguardia, cuando se encontró con varios grupos de soldados de infantería y de caballería del general Valencia, que, habiendo logrado salvarse, huian en el mayor desorden. El general Santa-Anna, comprendiendo que los invasores seguirian su avance sobre la capital, resolvió reconcen-

trar todas las fuerzas que habian formado la primera línea de defensa, á la segunda línea, situada en las puertas de entrada de la ciudad, llamadas *garitas*. Tomada esta resolucion, mandó á dos ayudantes que partieron inmediatamente para San Antonio y Mejicalcingo, con la orden de que los generales Bravo y Gaona que se hallaban en aquellos puntos, se retirasen á la puerta de la Candelaria, salvando todo el material de guerra. Al general Lombardini se le mandó que, con la brigada del general Rangel, que se denominaba de reserva, y que se componia de 2,000 hombres, contramarchase para la ciudadela, lo que efectuó por el puente de Panzacola para entrar por la puerta del Niño Perdido. El general Perez con su brigada de 2,500 hombres se retiró por Coyoacan al puente de Churubusco, para dirigirse en seguida á la Candelaria.

Entretanto que estas órdenes se ejecutaban, los invasores continuaban su persecucion sobre los restos de los defensores de Padierna.

1847. El triunfo en este punto habia sido completo para ellos. Toda la artillería habia caido en su poder. Grandes fueron las pérdidas de las tropas mejicanas, y muchos los prisioneros que tuvieron. Entre éstos se encontraba el general D. Mariano Salas que, habiéndose puesto á la cabeza de la caballería de Torrejon para contener á los dispersos, fué hecho prisionero en el puente, al intentar dar una carga sobre los norte-americanos. Del descalabro de Padierna sufrido por las tropas mejicanas se ha tratado de echar toda la responsabilidad, unos sobre el general Santa-Anna por no haber enviado fuerzas en auxilio de la division que combatió aislada,

otros sobre el general Valencia por no haber obedecido las órdenes del primero. Yo, despues de haber cumplido con el deber que corresponde al historiador de presentar los hechos de la manera que realmente pasaron, diré dos palabras para emitir mi opinion respecto de un punto en que los adictos á cada uno de los generales ha tratado de hacer recaer la responsabilidad de la derrota sobre el otro. Respecto del general Valencia, repetiré lo que ya tengo dicho; esto es, que debió obedecer las órdenes del general en jefe desde el momento que le mandó abandonar sus posiciones. Esto con respecto á lo que hace relacion con la ordenanza. Por lo que atañe á la posicion, el mismo Valencia habia dicho primero que era indefendible; y sin embargo, la víspera de la batalla rehusó abiertamente obedecer la orden, concediéndole á la posicion ventajas que antes le habia negado. Esta obstinacion, que era una marcada insubordinacion á mano armada al frente del enemigo, revela, cuando menos, un desprecio hácia las disposiciones del general en jefe que, de ninguna manera, convenia en aquellas críticas circunstancias, en que los superiores debian dar ejemplo de respeto para caminar de concierto á un mismo fin. La conducta de Valencia fué, por lo mismo, inconveniente, fatal para la disciplina, puesto que rebajaba la autoridad del general en jefe, y abria el abuso al menosprecio de otros generales hácia las órdenes que les dictara. Aquella insubordinacion merecia, por lo mismo, ser castigada severamente con todo el rigor de la ordenanza; pero no en el momento, porque podia dar por resultado una lucha entre las tropas de Santa-Anna y las de Valencia, sino despues de haberse

resuelto la batalla contra los invasores. Por lo que toca al general Santa-Anna, creo que desde que vió que Valencia se negó á obedecer su órden última, debió enviar una fuerza respetable á ocupar la posicion de la tarde anterior para auxiliarle. Algunos han dicho que si Santa-Anna se retiró á San Angel, fué porque, irritado al verse desobedecido, resolvió dejar entregado á sus solos recursos al que así se habia rebelado contra sus órdenes. Pero los que esto indican, se olvidan de que la desobediencia definitiva fué muchas horas despues de que el general Perez, por órden de Santa-Anna, se habia retirado á San Angel. Creo que debió ser mortificante y duro para el general en jefe verse desobedecido; pero creo tambien que tuvo la virtud de olvidar la ofensa hecha á su autoridad por amor á la patria, volando, al escuchar el estruendo del cañon que anunciaba el combate, en auxilio del insubordinado Valencia. No fué, pues, un acto innoble el que guió la conducta del general Santa-Anna al abandonar las lomas de Toro, sino la obligacion que tenia de tomar las disposiciones que juzgase mas convenientes para el buen éxito de las operaciones militares. La insubordinacion del general D. Gabriel Valencia, fué, pues, indisculpable. Preciso es confesar, y así lo aseguran los mismos invasores, que los planes del jefe mejicano estaban combinados de una manera mucho mas acertada que en las anteriores acciones de guerra; y el historiador norte-americano Greeley dice, que «el no haber cumplido el general Valencia con las órdenes que se le dieron, desconcertó completamente el plan de Santa-Anna».

1847. La falta de acuerdo entre el general en

jefe y su insubordinado subalterno, privó á los defensores de la plaza, de cuatro mil hombres, que podian considerarse como la flor del ejército, pues eran todos soldados aguerridos.

Dada por Santa-Anna la órden de concentracion sobre la segunda línea situada en las *garitas* ó puertas de Méjico, se emprendió el movimiento inmediatamente. Los invasores, triunfantes en Padierna, seguian su alcance sobre las tropas mejicanas, que se retiraban á paso veloz, aunque siempre batiéndose. El general Santa-Anna, al ver que los invasores empezaban á entrar en San Angel, seguido de su estado mayor, y á la cabeza de los regimientos de húsares, ligero de Veracruz y restos de la caballería de la division de Valencia á las órdenes de los generales Torrejon y Jáuregui, tomó el rumbo de Coyoacan, hácia el puente de Churubusco, que era el mismo que habia tomado la brigada del general Perez. Al llegar á Coyoacan, no continuó su retirada sino despues de haber reunido hasta el último de los dispersos.

Los norte-americanos, procurando sacar todo el provecho de aquella victoria, seguian á las columnas mejicanas por el mismo camino que habian tomado, disparando sin cesar sus armas sobre ellas. Al llegar Santa-Anna al convento de Churubusco, que guarnecian los cuerpos de la guardia nacional Independencia y Bravos, dió órden á los generales Rincon y Anaya, que estaban á la cabeza de ellos, de que defendiesen el punto á todo trance, y la tropa continuó su marcha sin detenerse. Entretanto que esto pasaba, atacaba el general norte-americano Worth el punto de San Antonio, por órden del general Scott.

Poco duró este ataque, pues habiendo recibido con anticipacion las fuerzas mejicanas que en él se hallaban, orden del general Santa-Anna para que se retiraran, no hicieron mas que defender la posicion el tiempo necesario mientras se replegaba el ejército á la segunda línea que estaba en las puertas de la capital. Sin embargo, al abandonar el punto, fué imposible retirar dos cañones que quedaron en poder de las tropas de los Estados Unidos.

El general Perdigon y el coronel Zerecero que habian quedado sosteniendo la retaguardia, se mantuvieron por largo tiempo en Zotepingo, sosteniéndose heroicamente; pero al fin cayó el punto en poder de los invasores, quedando prisionero el general Perdigon, y Worth siguió con sus tropas su avance para emprender el ataque sobre el puente de Churubusco. Sea por falta de combinacion ó bien por desgracia, al pasar el expresado puente, que se halla á quinientas varas de distancia del convento de

1847. Churubusco, se encontraron en él las fuerzas que se retiraban de San Antonio con la division que se replegaba de Coyoacan, y como aquéllas marchaban perseguidas de cerca por los norte-americanos, se introdujo el pánico y el desórden, procurando cada cual ser el primero en pasar. Como la calzada de San Antonio se encontraba obstruida por los carros de municiones y mulas cargadas de pertrechos de guerra que los mejicanos llevaban en su retirada, el paso se hacia dificilísimo, y los soldados se metian por entre las ruedas y los piés de los animales para llegar pronto á un sitio fortificado. Santa-Anna mandó entonces colocar una bateria de cinco cañones en la entrada del Puente, defendida por las dos com-

pañías de irlandeses denominadas de San Patricio y por el batallon de Tlapa, y mandó que no pasase ningun carro hasta no haberlo verificado toda la tropa que, como queda dicho, se retiraba, parte de Coyoacan y parte de San Antonio. Como los invasores iban picando de cerca la retaguardia, fué preciso dejar abandonados en la calzada de San Antonio varios carros de municiones que, al presentarse á poco los norte-americanos, les sirvió á éstos de abrigo para avanzar sobre el puente. Santa-Anna ordenó entonces que la brigada del general Perez contramarchase; pero ésta volvió pocos momentos despues, continuando las demás fuerzas su marcha hácia la capital, mandadas por el cuartel-maestre del ejército. Santa-Anna entonces situó al 1.º ligero á la entrada del puente, y al 3.º, 4.º y 11.º á la izquierda, sirviéndoles de foso un arroyo que pasaba á su frente. Los norte-americanos, sin detenerse un instante, avanzaron en columna hasta muy cerca de los parapetos, pero una lluvia de balas disparada por la infantería y una descarga de la artillería les obligó á detener su marcha y á vacilar. Una de las balas de cañon incendió las municiones de uno de los carros abandonados en el camino, y su explosion sembró la muerte y el espanto entre los asaltantes. Pasado aquel instante, los norte-americanos formaron en batalla enfrente á la posicion, y el combate se hizo general. El coronel mejicano Gayoso, que mandaba el 1.º ligero, animó á sus soldados; que se batian bizarramente, y cuando lleno de entusiasmo mandaba á la música que tocase una marcha guerrera, cayó herido por una bala. Los batallones Independencia y Bravos, de la guardia nacional, que defendian el

convento de Churubusco y que hacian sobre los invasores un fuego mortífero, pidieron que les enviasen municiones: el general Santa-Anna les envió un carro cargado de ellas, y de refuerzo las compañías de San Patricio y las de Tlapa.

1847. Los invasores dispusieron entonces una nueva columna que se interpuso entre el puente de Churubusco y el convento del mismo nombre, amagando envolver ambas posiciones. Al notar este movimiento y con el fin de evitar el avance de los flanqueadores, Santa-Anna se dirigió con el 4.º ligero y el 11 de línea, á la hacienda de los Portales, á un cuarto de legua á retaguardia: colocó una parte de la infantería en la azotea de una casa situada junto á la calzada, dispuso que el resto de la fuerza permaneciese al pié, y poco despues comenzó desde este punto un fuego vivísimo. El ataque del puente cesó por aquellos momentos, por haberse dirigido los norte-americanos hácia la derecha. En los mismos instantes llegaba el general mejicano D. Nicolás Bravo por los potreros con una ligera fuerza, restos de los salvados de San Antonio: el general Perez le hizo saber que no tenían ni un solo cartucho y que estaban cortados; los soldados se alarmaron con esta noticia y se desbandaron en todas direcciones: los invasores se apoderaron entonces, sin resistencia, del puente de Churubusco, y dispararon, con los cañones abandonados por los mejicanos, sobre las tropas fugitivas.

Entretanto el ataque sobre la hacienda de Portales se empeñó con doble ardor: las tropas de los Estados Unidos se derramaban en tiradores en la llanura y avanzaban. El general Quijano, á la cabeza de los Húsares, Veracruz



Batalla de Churubusco

los invasores y sobre los invasores... las compañías de San Patricio y las de Placa.

En el mes de octubre de 1847 se efectuó entonces una... de Churubusco y el convento de San Agustín... Santa-Anna... el 11 de mayo. A la hacienda... resguardia: colocó... una casa situada... la fuerza permanente... desde este... cesó por... los norteamericanos... los mismos instantes llegaba... Bravo por los potreros con... San Antonio: el... le hizo saber que no tenían ni un solo caballo y que estaban cortados; los soldados se alarmaron con esta noticia y se desbandaron en todas direcciones; los mexicanos se apoderaron entonces, sin resistencia, del puente de Churubusco, y dispararon, con los cañones abandonados por los mejicanos, sobre las tropas fugitivas.

Entretanto el ejército sobre la hacienda de Portales se empeñó con doble ardor: las tropas de los Estados Unidos se derramaban en incendios en la llanura y avanzaban. El general Sherman, a la cabeza de los Husares, Veracruz



H. M. Pujadas - Barcelona.

H. M.

Batalla de Churubusco.

J. F. Pares - Editor